

LAS HORAS BREVES



Cuentan que, allí, las tardes solían ser redondas; así podían abarcarlo todo. Eran posesivas, extrañamente inútiles, minuciosas y en su inutilidad, profundamente sensuales. Podías tenderte en ellas y te acariciaban con sus puestas interminables de sol. Hablabas mucho por aquel entonces —¿te acuerdas? — hasta que caíste en la cuenta de que allí, las palabras, con tanto sol, se dilataban. Acababas por sentir algo parecido al ahogo, pero eran tan dulces y no tenías que hacer nada, sólo comunicarte íntima y profundamente con las tardes que cada vez eran más inmensas, más inútiles, y lo que es peor, más hermosas.

Hubo días, es difícil saber hace cuánto, —con estas tardes tan largas uno pierde el sentido del tiempo— en que aún tenían las horas como todas las demás, y eran abiertas y frescas y breves pero se fueron abillantando ¿recuerdas? Creo que esto se debió en parte a las charlas. Querías tocar sus horizontes, poseerla; luego simplemente, esperar las noches y descansar porque la tarde y tú y la comunicación y todas esas cosas tan importantes. Pero cada vez las noches se retrasaban más, y la tarde y tú se habían ya dicho todo, hacían el amor más por obligación y costumbre, y te aburrías, y las tardes también estaban cansadas de prolongarse indefinidamente, pero eran insaciables y te lo fueron quitando todo, hasta la voluntad de ir a buscar la noche o la mañana (las noches son oscuras y solitarias y las mañanas demasiado tenues, llenas de niños que van a la escuela); eran mejor sí, las tardes, con su sensualidad agobiante, con ese embotamiento redondo, creciendo, poseyéndote enloquecidas. Todo olvidado, tal vez sólo estos instantes de añoranza de cuando aún eras un hombre, y los pájaros ¿hace cuánto?

